

El Carlismo y el medio rural en Navarra: 1833-1839

JUAN LUIS PAN-MONTOJO GONZALEZ

La actuación política del campesinado, e incluso de los jornaleros, raras veces ha tenido lo largo de la historia un carácter autónomo. La acción política guiada, dentro de la clasificación de T. Shanin¹, se ha convertido generalmente en el único cauce de respuesta global a los cambios experimentados por la sociedad, de alguna incidencia en el ámbito inmediato del campesino: la comunidad rural. La fragmentación horizontal (en función de la renta y la propiedad) y vertical (distintas entidades o agrupaciones de entidades de población) del campesinado, y su aislamiento relativo con respecto a la sociedad como un todo, conducen a que solamente a través de la presencia de una élite activa externa se pueda dotar de sentido y coherencia política a la revuelta campesina. A ello se añade el carácter escasamente elaborado, y por tanto generalizable, de las ideologías populares en la sociedad tradicional², con lo que la presencia de elementos ideológicos externos se hace imprescindible.

La Primera Guerra Carlista se ajusta de manera diáfana a este modelo: se da una participación masiva del campesinado navarro, dirigido por dos tipos de minorías dirigentes exógenas, el clero y los notables tradicionales (sobre todo la pequeña nobleza pero no exclusivamente), es decir, los miembros de la capa privilegiada de cada localidad; y, en segundo lugar, se combate en nombre de una serie de propuestas ideológicas de carácter reactivo, ajenas al malestar de fondo campesino, utilizándose símbolos muy simples y cercanos a la base del carlismo como enseñas de lucha.

La sencillez de este esquema debe ser sin embargo superada, si queremos profundizar en la participación y actitudes de los diversos grupos geográficos del medio rural navarro frente al carlismo en el transcurso de la guerra.

No hay uno sino múltiples modelos de acción en el marco de Navarra, tantos como en la Monarquía en general, y es de esa multiplicidad de la que se deriva el interés, más allá de su ámbito regional estricto, del carlismo del antiguo Reino.

La Ribera tudelana se caracteriza por la escasa participación popular y por el alejamiento de las élites³, que se mantienen al margen del conflicto o apoyan de forma decidida al bando liberal. En un medio en el que la proporción de jornaleros es muy

1. SHANIN, Teodor, *El campesinado como factor político*, artículo en SHANIN, Teodor (ed.). «Campesinos y sociedades campesinas», FCE, Méjico 1980.

2. Aunque en este tema se puede seguir a muchos autores, me parece recomendable la síntesis presentada por RUDE, George en el capítulo 2 de *Revolución popular y conciencia de clase*, Ed. Crítica, Barcelona 1981.

3. Esta afirmación así como otras muchas que siguen sobre la composición social y distribución geográfica del carlismo navarro entre 1833 y 1839 se apoyan en una muestra de 3500 carlistas que constituye la base de mi memoria de licenciatura a presentar en el presente curso en la Universidad Autónoma de Madrid. Un primer resumen de los resultados de la misma puede verse en PAN MONTOJO, J.L., *Las bases sociales del carlismo navarro: 1883-39*, Actas del I Congreso de Historia de Navarra: siglos XVIII, XIX, XX, publicadas en Príncipe de Viana.

elevada y la tierra objeto de una explotación de tipo «fisiócrata», la solución política asociada al trono isabelino, lo que será el moderantismo, suscita la adhesión general de los propietarios y la neutralidad de los trabajadores rurales, a los que la propuesta carlista de congelación del statu quo no puede resultar atractiva. Por ello, en la Ribera tudelana, la actitud del medio rural es similar a la que se encuentran las expediciones carlistas más allá del Ebro. La facción sólo encuentra cierto apoyo en grupos minoritarios, carentes de organización por el rechazo abierto que encuentran en los notables tudelanos, y tendentes a una acción marginal, cercana al bandolerismo.

El recurso a explicaciones geográficas para dar cuenta de la debilidad del carlismo ribereño es poco afortunado, por cuanto no existe ninguna correlación entre actitud política y entorno físico: la Montaña pirenaica, de condiciones en extremo favorables a la guerrilla, es el segundo pilar fuerte del aparato isabelino en Navarra. Pero si en la Ribera el peso de la nobleza titulada y de la burguesía agraria, y la necesidad de romper el estrangulamiento de la comercialización en el sector primario, parecen dotar de gran cohesión a la actividad política de los notables, en la Montaña las élites locales se dividen y surge, aunque matizable geográficamente, un panorama heterogéneo: los valles de Salazar y Baztán sufren auténticas guerras civiles dentro de sus estrechos límites. Los alineamientos políticos en uno y otro sentido de las fuerzas vivas montańesas tienden a reflejar la separación entre las élites estrictamente locales, y aquéllas, más ricas, que desbordan mediante sus conexiones de linaje el marco navarro.

En tercer lugar, y frente a los dos casos expuestos, se encuentra la Navarra carlista, dentro de la cual hallamos a su vez dos comportamientos diferenciados: en Tierra Estella y en las cuencas prepirenaicas de las merindades de Aoiz y Pamplona, el movimiento absolutista es respaldado de manera prácticamente unánime por todos los estamentos poblacionales; en la Ribera estellesa y en la merindad de Tafalla, exceptuando sus pueblos más orientales, lindantes con las Bardenas, que se pueden incluir por su comportamiento en la Ribera tudelana, apreciamos de nuevo una tajante fractura en el seno de los notables locales, y la conversión de la guerra en un enfrentamiento social entre pudientes y campesinado proletarizado o en vías de proletarianización, dirigidos por una fracción de los privilegiados locales. Pamplona es el caso más nítido de esta articulación social que hemos destacado como propia del Sur navarro: de un lado se hallan los trabajadores manuales y los segmentos marginales de la vida urbana junto con el clero y los miembros de la hidalguía que copan los puestos de la administración y los oficios terciarios; del otro, el comercio, los artesanos y la nobleza titulada.

Lo que me interesa en esta comunicación no es tanto, en cualquier caso, presentar un panorama social y geográfico de la Primera Guerra Carlista, asunto ya tratado en una comunicación pasada, cuanto penetrar en el haz de vínculos entre los comportamientos de los notables y los del campesinado, variable en la que, a mi entender, radica la clave del carácter que adquiere la conflagración en las distintas áreas navarras, y sirve a su vez, como ya he señalado anteriormente, como reflejo de las variadas suertes del carlismo en toda España.

Volviendo a mi reflexión inicial, he de subrayar que el campesinado no participó en ninguna comarca en el movimiento carlista de forma masiva cuando no existían conexiones de los notables locales con el mismo. A esta primera proposición se puede añadir una segunda: a medida que las relaciones clientelares se difuminaban por aumentar el tamaño de los núcleos de población, crecía la importancia del factor que podríamos denominar clase social en los alineamientos políticos concretos. Mientras en el Salazar, por ejemplo, el enfrentamiento entre isabelinos y carlistas dentro de la población del valle no separaba a jornaleros o campesinos pobres de labradores acomodados, sino que tendía a reflejar los vínculos de cada casa en particular con

notables situados en una u otra posición política (por ejemplo, los Mancho, propietarios prósperos, como demuestran sus adquisiciones de tierras en Arguedas durante la Guerra de Independencia, y miembros de la oligarquía política del valle, que eran los jefes de la facción del Salazar), en pueblos grandes como Olite o Villafranca, sí que se adivina la división de la población en función del criterio de pertenencia de clase. La influencia inmediata de las élites sociales en la formación de la base carlista parece que se plasmó por tanto en dos modelos distintos: la movilización clientelar a través de los vínculos de patronazgo en la Navarra media (y también en la Montaña, sólo que con una clara fractura entre «patronos»); y la dirección y organización de la revuelta campesina y jornalera, por sectores sociales cuyas conexiones con la población rural eran mucho más difusas e impersonales, lo cual dotaba al movimiento de un carácter mucho más marcado de movimiento de clase, en Pamplona y los pueblos meridionales.

De estos dos modelos es el primero el de mayor trascendencia, por cuanto permitió la conversión de una parte del Reino en país carlista, y con ella el desarrollo de una guerra en el sentido integral de la palabra, al proporcionar recursos, territorio propio y remplazos regulares de soldados al Pretendiente.

Tierra Estella, las merindades de Pamplona y Aoiz, exceptuando sus núcleos de población más importantes (Pamplona en la primera; Aoiz, Lumbier y Sangüesa en la segunda), y el valle de Orba en la merindad de Tafalla, son las zonas en las que predominó el modelo clientelar. Con la ya mencionada excepción de los valles pirenaicos, cuyo análisis hago en otro lugar⁴, toda esta región se caracteriza por un poblamiento disperso o en pequeñas aldeas y una estructura agraria cuyo eje era el policultivo mixto de subsistencia. En este marco, los notables, entendiéndolos por tales a todos los perceptores de rentas no campesinos (hidalgos, clérigos, tanto párrocos como beneficiados, y una amplia gama de escribanos, secretarios... y otros oficios administrativos), funcionan como un patrono colectivo, y muchos de ellos como patronos individuales, papeles que se entrecruzan en una abigarrada red de relaciones interpatronales desde las aldeas a los valles u otras unidades intermedias significativas (cendeas, almiradíes...), y desde éstas al exterior. No todos los notables pertenecían a la nobleza en sentido estricto, pero con mucha frecuencia sí eran de tal origen, o al menos estaban identificados cultural y socialmente con ella: la permanente agresión en su posición social por los cambios sufridos en el curso del tránsito del Antiguo Régimen a la sociedad liberal había contribuido sobremanera a reforzar su unidad interna⁵.

«En las relaciones con el mundo exterior, los patronos deben hacer juntos por el pueblo lo que se espera que un patrono concreto haga por sus clientes. Es decir, proteger a la comunidad de fuerzas externas -ya sea el Estado o una partida de forajidos- y promover los intereses de la comunidad, consiguiendo obras y servicios, favores administrativos, créditos municipales, asistencia agrícola, etcétera»⁶. Esta fue exactamente la manera en la que los notables de la Navarra media presentaron

4. Capítulo II de la tesina citada.

5. Sobre las transformaciones económicas de finales del siglo XVIII y principios del XIX en Navarra no existe ninguna obra global. Lo que de aplicable tienen las obras de FERNÁNDEZ ALBALADEJO para Guipúzcoa (*La crisis del Antiguo Régimen en Guipúzcoa, 1766-1833*; Akal, 1975), así como las aportaciones parciales de Joaquín DEL MORAL (*La Hacienda española durante el Trienio*, I.E.F. 1979) para la propia Navarra, junto con múltiples obras que tratan de aspectos concretos de la economía navarra en estos años (y en particular las investigaciones de historiadores vinculados a la Universidad Autónoma de Barcelona) o la obra de interpretación general del proceso revolucionario liberal de MINA APAT, parecen coincidir en esta apreciación de la decadencia económica de los notables tradicionales.

6. SCOTT, James, *¿Patronazgo o explotación?* en el libro colectivo de GELLNER, E. et al. «Patronos y clientes», Júcar, 1986, p. 39.

de forma unánime la contienda: la protección de la comunidad fue identificada con la defensa de la bandera de Don Carlos, es decir, de la situación anterior a la crisis agraria del primer tercio del XIX y de lo que se cierne sobre los campos como agresión de los «pudientes», no sólo, pero sí predominantemente urbanos, o, lo que es lo mismo, de los isabelinos. La fuerza de los patronos rurales de la Navarra media, cohesionados por su alto grado de control de unos municipios mucho más autónomos que los castellanos y por su peso político general en las instituciones del Reino⁷, fue el detonante de la adhesión masiva al carlismo.

Donde esta actuación conjunta de los notables no se dio, las lealtades a los patronos individuales fueron decisivas (Salazar, Santesteban de Lerin, Baztán...) y, en cualquier caso, la legitimación unánime de una determinada opción política se quebró, por lo que disminuyó en gran medida la eficacia del mensaje ideológico antiliberal.

En el Sur del Reino y en la Navarra urbana, la situación era distinta porque la estructura poblacional y agraria provocaba una mayor heterogeneidad de las élites locales, y un menor grado de control social y personalismo en las relaciones sociales.

El resultado era una sociedad en la que los vínculos clientelares tenían una presencia real (no de otra manera se puede considerar la marcha a la facción de Don Manuel Díaz de Rada de Andosilla acompañado de la mayor parte de sus arrendatarios, como si de su mesnada feudal se tratara⁸) pero tenían una fortaleza menor y un alcance más parcial, coexistiendo con unas divisiones horizontales, de clase, acentuadas a medida que aumentaba el número de jornaleros y el tamaño de las poblaciones. El tono de los que nos hablan de «pudientes» y también de «infelices» o «miserables» o «desgraciados», o todavía y, simplemente, de «pobres», subraya las diferencias reales con respecto a los valles prepirenaicos o estellese. La violencia ejercida contra los bienes y personas de los Milicianos, Urbanos primero y Nacionales después, de la Navarra meridional (muchísimo mayor que la habitual en otras partes del país y sobre todo que la practicada con la oficialidad de las tropas regulares cristianas), podría interpretarse en este marco como un claro intento de identificación del carlismo oficial con la lucha del común en su afán de resistir la proletarización y la destrucción de los mecanismos reguladores de la vida económica en la sociedad tradicional, al tiempo que, en sí misma, un significativo termómetro de la tensión social. No obstante, esta orientación de la lucha como enfrentamiento de clase no supone que el carlismo fuera un movimiento autónomo de la plebe rural: los notables carlistas del Sur del Reino proporcionan el liderazgo colectivo que el campesinado necesita para enfrentarse a los cambios asociados a la Revolución Liberal, dando a la protesta popular unas dimensiones bélicas que de por sí no hubiera alcanzado.

Hablar del carácter popular o interclasista del carlismo, supone en mi opinión una interpretación equívoca de sus mecanismos reales: la guerra carlista es un conflicto de reacción frente a la Revolución Liberal, en el que convergen los privilegiados peor situados para su adaptación a la nueva sociedad y unas masas rurales, cuyo malestar por la crisis agraria y su rechazo de determinadas soluciones específicas del tránsito al capitalismo en España son reconducidos para la defensa a ultranza del Antiguo Régimen, mediante la apelación a distintos mecanismos que tienen un vigor en ciertas áreas navarras del que carecen en general en el resto de la Monarquía, hecho que justifica la regionalización del conflicto y en definitiva su derrota.

7. Ver a este respecto, las sugerentes aclaraciones sobre el contradictorio peso en el entramado político del reino de los notables tradicionales, y en particular en los municipios, la obra de DEL RIO ALDAZ, R., *Las últimas Cortes de Navarra*, en Haranburu Ed., San Sebastián 1985.

8. Este dato, como la mayor parte de los elementos de mi estudio, procede de los legajos del Archivo del Servicio Histórico Militar, Sección Segunda, y en concreto del número 11 (Correspondencia) de la 3.ª División, clave D.